

Europa: Prehistoria y antigüedad

El hombre moderno (*Homo sapiens sapiens*) apareció por primera vez en Europa a finales del paleolítico (antigua edad de piedra). Los cazadores y recolectores dejaron tras de sí notables ejemplos de arte rupestre (hace entre 25.000 y 10.000 años), que se han encontrado en más de 200 cuevas, principalmente en Francia y España. Hace unos 10.000 años, al final del pleistoceno (el más reciente de los periodos glaciales) el clima comenzó a mejorar y se aproximó gradualmente a las condiciones actuales. Con el tiempo, los pueblos del neolítico desarrollaron economías agrícolas que sustituyeron a la caza y la recolección. Durante el sexto milenio a.C., la agricultura se extendió a la mayor parte de Europa occidental. Algunas de estas culturas neolíticas, que nacieron alrededor del año 5.000 a.C., erigieron enormes monumentos de piedra (megalitos), bien como estructuras funerales, bien como monumentos conmemorativos de hechos notables. El desarrollo del neolítico temprano fue especialmente intenso en las zonas del Danubio y los Balcanes, en las llamadas culturas de Starcevo (cerca de Belgrado, en la Serbia actual) y Danubiana. En los Balcanes meridionales, la cultura de Sesklo (en Tesalia) había desarrollado complejas formas protourbanas alrededor del año 5.000 a.C. Ésta, a su vez, condujo a la cultura de Dimini (también en Tesalia), caracterizada por las aldeas fortificadas. Las excavaciones en los Balcanes han demostrado que en la zona se utilizaba el cobre en el año 4.000 a.C. aproximadamente, durante la cultura de Vinca (alrededor del año 4.500-3.000 a.C.). En esta época, el comercio, especialmente del ámbar procedente del mar Báltico, adquiría cada vez más importancia. Los grandes yacimientos de cobre y estaño de Europa central (Bohemia) permitieron el desarrollo de la tecnología del bronce durante el tercer milenio a.C. Las tumbas aristocráticas típicas de este periodo se cubrían con túmulos o *tumuli*, pero a finales del segundo milenio antes de Cristo hubo un cambio: la cremación se convirtió en algo común, y los entierros en urnas (que dieron paso a la denominada cultura de los Campos de Urnas) se convirtieron en una costumbre establecida.

La llegada de los indoeuropeos

Las investigaciones aún no han determinado con exactitud donde se originaron las lenguas indoeuropeas que se hablan en gran parte de Europa en la actualidad. Algunos investigadores creen que la cultura del kurgan (túmulo), que se inició al norte del mar Negro alrededor del año 2500 a.C., fue una primitiva cultura indoeuropea. De acuerdo con esta teoría, en el año 2220 a.C. aproximadamente, estos indoeuropeos invadieron y se extendieron por los Balcanes, e introdujeron los caballos en la región; después se dispersaron por toda Europa. Por consiguiente, a mediados de la

edad del bronce los pueblos de los Balcanes y Europa central pudieron haber hablado lenguas indoeuropeas. No obstante, y con la excepción de las civilizaciones de Creta y Grecia, en el segundo milenio a.C., la mayor parte de Europa desconocía la escritura.

La primera civilización que maduró en Europa fue la de Creta, en el segundo milenio a.C. Llamada civilización minoica por el legendario rey Minos, esta sociedad de la edad del bronce controló el Egeo alrededor del año 1600 a.C. (véase Civilización del Egeo). La fecha de la llegada de los primeros invasores griegos a Grecia es poco fiable. Muchos eruditos están de acuerdo en que fue cerca del año 1900 a.C. Hacia el año 1400 a.C. aproximadamente, estos griegos (llamados micénicos por su principal ciudad, Micenas) habían conquistado los dominios cretenses. La civilización micénica mantenía contactos comerciales con Oriente Próximo y Britania. No obstante, después del año 1200 a.C., la sociedad micénica fue casi totalmente destruida debido a la invasión de los pueblos del Norte, probablemente de griegos dorios, quienes, a pesar de tener una cultura menos avanzada, habían aprendido a fabricar armas de hierro. El comienzo de la edad del hierro se caracterizó por una regresión cultural.

Culturas de la edad del hierro

A finales de la edad del bronce, la población había comenzado a incrementarse rápidamente en otras zonas de Europa. A principios de la edad del hierro, que comenzó aproximadamente en el año 1000 a.C., las tribus de la cultura de los Campos de Urnas de Centroeuropa comenzaron su expansión a lo largo de los ríos más importantes y dieron lugar a importantes grupos, como los celtas y los eslavos, al igual que los itálicos y los ilirios. Al norte de Italia, la cultura de Villanova (alrededor de 1000-700 a.C.) adquirió gran importancia, y otra cultura similar, la de Halstatt (aproximadamente 750-450 a.C.) se difundió a gran parte de Europa occidental con la expansión de los celtas entre los siglos VII y IV a.C. Los celtas también se identifican con la cultura de La Tène (aproximadamente 450-58 a.C.), cuyo precedente inmediato era la de Halstatt. Alrededor del año 500 a.C., los germanos comenzaron a expandirse desde Escandinavia meridional y el Báltico. En la península Ibérica, los celtas se encontraron el año 900 a.C. con los iberos, que ya se habían instalado en ella mucho antes, procedentes del sur. Fue el primer gran mestizaje peninsular.

La supremacía de Grecia

Alrededor del año 800 a.C. la civilización griega comenzó su resurgir tras la conmoción de la invasión doria, pero en una forma diferente de la cultura micénica. Esto se debió en gran parte a los fenicios, que habían establecido puestos comerciales en el Mediterráneo y difundido elementos de la civilización de Oriente Próximo hacia el Oeste. Los griegos tomaron de ellos

el alfabeto fenicio, al que añadieron vocales llenas. En el siglo VIII a.C. las ciudades-estado griegas comenzaron a expandirse, estableciendo colonias en el Mediterráneo occidental; en el siglo siguiente, la civilización helénica había alcanzado su madurez. La creación de colonias aumentó y la prosperidad del comercio entre estos asentamientos y con otros pueblos tuvo como consecuencia la difusión de la civilización griega. La mayoría de estas nuevas ciudades griegas, aunque casi independientes, estaban unidas por una cultura común. Eran conscientes de su herencia helénica y consideraban a los otros pueblos bárbaros. La mayoría de los grupos étnicos del Mediterráneo occidental (incluidos los etruscos, que habían sustituido a los miembros de la cultura de Villanova) pronto adoptaron elementos de la cultura griega. La mayoría de los centros urbanos importantes del área, griegos o no, pasaron de ser monarquías a crear regímenes aristocráticos, que finalmente dieron lugar a oligarquías comerciales (plutocracias).

Aproximadamente en el siglo V a. C. algunos centros griegos, como Atenas, se habían convertido en democracias. En esa época, Grecia comenzó a ser amenazada por la expansión del Imperio persa, fundado en el siglo anterior. Pronto los persas conquistaron toda Asia Menor y, en el año 490 a.C., atacaron Grecia. Después de que los persas fueran rechazados definitivamente (479 a.C.), la Atenas democrática surgió como la mayor potencia del mundo griego. Se estableció un imperio ateniense en el Egeo que precipitó la integración económica y cultural de la región; el siglo V a.C. fue la edad de oro de la civilización griega clásica. No obstante, las políticas expansionistas atenienses y las antiguas rivalidades económicas y políticas provocaron la guerra del Peloponeso (431-404 a.C.) en la que gran parte de Grecia fue devastada; las guerras entre las ciudades griegas continuaron en el siglo siguiente.

Macedonia, situada al norte de Grecia, no había sido en su origen parte del mundo griego. Alrededor del siglo IV a.C., sin embargo, su clase dirigente se había helenizado. Bajo Filipo II, Macedonia conquistó gran parte de Grecia, y su hijo, Alejandro Magno añadió el Imperio persa a estas posesiones. Tras su muerte, sus sucesores dividieron el imperio, por lo que los centros de gravedad durante el siguiente periodo (conocido como helenístico) se trasladaron a ciudades como Alejandría, en Egipto, y Antioquía, en Turquía. Finalmente, Macedonia y Grecia fueron conquistadas por Roma en el siglo II a.C.

El dominio de Roma

Al contrario que Grecia, a principios de la edad del hierro Italia estaba

fragmentada en numerosos grupos étnicos y lingüísticos. Mezclados entre las primeras culturas neolíticas, hubo varios grupos de indoeuropeos que se infiltraron en el norte de Italia a finales del segundo milenio a.C. y posteriormente se expandieron por toda la península. El más numeroso de estos grupos fueron los itálicos. Una importante cultura de la edad del hierro (la de Villanova) se desarrolló al norte y tuvo un gran impacto en las regiones vecinas. Probablemente durante el siglo X a.C., los etruscos, o al menos su clase dirigente, emigraron desde Asia Menor. Se establecieron en Italia central y septentrional y crearon una civilización compuesta por elementos villanovianos y orientales. A esto se añadió una intensa influencia de la civilización griega, incluido el alfabeto, procedente de las colonias griegas del sur.

Alrededor de esta época —la fecha tradicional es el año 753 a.C.— se fundó Roma junto al río Tíber. Los romanos eran un pueblo latino perteneciente al grupo itálico. Roma (al principio una simple aldea) fue ocupada y civilizada por los etruscos hasta finales del siglo VI a.C. Posteriormente, los romanos comenzaron la conquista de las zonas vecinas, y, a principios del siglo IV a.C., habían conquistado la importante ciudad etrusca de Veii. Tras un revés temporal causado por la invasión de los galos (una tribu celta), los romanos continuaron anexionándose grandes zonas de Italia; a principios del siglo III a.C. la mayor parte de Italia central y septentrional era romana. Al contrario que los griegos, los romanos conectaron sus dominios con carreteras y garantizaron la total o parcial ciudadanía a los asentamientos situados fuera de Roma, una política que finalmente dio lugar a una lengua y una cultura más o menos uniformes.

La expansión de Roma

En las llamadas Guerras Pírricas (280-271 a.C.), Roma consiguió el control de la Italia meridional griega y, al absorber este área, se helenizó en parte. La conquista puso a Roma en confrontación directa con Cartago, una antigua colonia fenicia del norte de África, por el control del Mediterráneo occidental. En las posteriores guerras con Cartago (*véase* Guerras Púnicas), Roma obtuvo la victoria y Sicilia, Córcega, Cerdeña, y el norte de África cayeron bajo su esfera de influencia. El dominio romano de la península Ibérica no fue fácil y entre los episodios de resistencia se hizo célebre la defensa de Numancia, cuyos habitantes prefirieron morir antes de entregarse. Frente a los romanos, el héroe peninsular Viriato inventó un tipo de acción militar que se hizo célebre, la guerra de guerrillas. A mediados del siglo II a.C., Cartago había sido destruida por Roma, que también conquistó Macedonia y Grecia. Los romanos limpiaron los mares de piratas y extendieron sus carreteras por toda la región, con lo que facilitaron las comunicaciones y favorecieron la unión cultural. Esta amalgama cultural romano-helenística fue bilingüe: el latín dominó al oeste y el griego al este.

El Imperio romano

Tras un periodo de guerras civiles y luchas, la República romana se transformó en un Imperio bajo el emperador Augusto, aproximadamente a principios de la era cristiana. En los 200 años siguientes el nivel de prosperidad del Mediterráneo alcanzó un grado tal que en muchos aspectos no pudo ser igualado hasta 1.500 años después. El Imperio romano asimiló a numerosos pueblos; además, en el año 212 d.C., la mayor parte de los hombres libres nacidos dentro de los confines del Imperio se convirtieron en ciudadanos romanos. Este concepto de ciudadanía universal fue único en el mundo antiguo. Más allá de las fronteras del Imperio, ciertos elementos de la cultura grecorromana influyeron también en las tribus celtas y germanas. La península Ibérica sufrió un profundo proceso de romanización. Se dice que era 'el granero de Roma' y una de sus provincias más ricas. Romanos famosos nacidos en la península fueron Quintiliano, el poeta Lucano y el filósofo Séneca.

El siglo III d.C. fue una época de quiebra de las estructuras imperiales, después de la cual el emperador Diocleciano reorganizó el Imperio. Muchas de sus reformas económicas y sociales anticiparon la edad media y sus cambios administrativos acabaron con la supremacía de Italia. En el siglo IV, bajo Constantino I el Grande, Constantinopla (actual Estambul) reemplazó a Roma como capital, y el cristianismo se convirtió de hecho, si bien no oficialmente, en la religión del Estado. En el siglo V, tras la caída del Imperio romano de Occidente ante los grupos germánicos invasores, que dio lugar a la instauración de una serie de reinos germanos, la Iglesia conservó la herencia romana. La romanización del Imperio había sido tan completa que hoy día las lenguas que se derivan del latín se hablan en Francia, España, Portugal, Italia, partes de Suiza y Rumania.

Las grandes migraciones

Mientras la civilización se consolidaba en el Mediterráneo, en otras partes de Europa hubo grandes cambios. Las culturas de la edad del bronce y del hierro de las regiones periféricas consistían principalmente en comunidades pastoriles y agrícolas, mucho menos estables que los asentamientos grecorromanos. Las emigraciones de áreas más pobres a zonas más ricas fueron continuas, y el movimiento de un pueblo o tribu desplazaba a su vez a otros pueblos y a menudo provocaba reacciones en cadena. Los primeros en comenzar dichos movimientos durante los siglos finales de la era precristiana y principios de la era cristiana fueron las tribus germánicas. Estas tribus habían ocupado partes de Escandinavia meridional y Alemania septentrional a finales de la edad del bronce. Durante la edad del hierro comenzaron a emigrar al sur, quizás a causa de un empeoramiento del clima. En el siglo II a.C. dos tribus germánicas, los cimbrios y los teutones, alcanzaron la zona que hoy día es Provenza, pero fueron rechazados

finalmente por los romanos. Los suevos tuvieron más éxito y ocuparon parte de la Alemania actual. Las tribus celtas de esa región fueron empujadas hacia el oeste para ser conquistadas muchos años más tarde por los romanos bajo mando de Julio César. La expansión romana hacia los territorios germánicos fue interrumpida en el año 9 d.C., cuando tropas germánicas dirigidas por Arminio (Hermann) aplastaron a las legiones romanas en el bosque de Teoburgo. Como consecuencia, Roma estableció una zona de contención al este del Rin y al norte del Danubio.

Aproximadamente en el año 150 d.C., las migraciones y posteriores dislocaciones de pueblos se intensificaron de nuevo y amenazaron las fronteras imperiales. El emperador Marco Aurelio luchó con éxito contra los marcomanos y los cuados, al igual que contra un pueblo no germano, los yacigos; un ejemplo de las características de este periodo es que Marco Aurelio pasó gran parte de su reinado luchando con las tribus invasoras. A comienzos del siglo III d.C., los alamanes habían penetrado al norte de la frontera romana, y al este los godos comenzaron su infiltración en la península de los Balcanes. Tras su derrota ante las tropas imperiales, los godos se convirtieron en mercenarios de Roma.

Durante la segunda mitad del siglo III, los grupos germánicos (incluidos los francos) penetraron en el Imperio. Se hicieron grandes esfuerzos para fortalecer las defensas interiores. Bajo el emperador Aureliano se construyó una muralla alrededor de la misma Roma, Dacia fue abandonada, y se reclutaron cada vez más mercenarios germánicos para formar parte de los ejércitos romanos. Roma sólo pudo capear la crisis del siglo III gracias a la reestructuración del Imperio por parte de Diocleciano, realizada en principio para enfrentarse a las tribus germanas con más eficiencia. Después de la mitad del siglo IV la situación parecía estar bajo control, pero un nuevo pueblo, los hunos, invadió Europa desde Asia central y causó una nueva serie de reacciones. Los godos fueron empujados hacia los Balcanes y derrotaron a los romanos en Adrianópolis en el año 378. En el 410 los visigodos de Alarico I saquearon Roma y provocaron una conmoción en todo el Imperio. Poco después los vándalos, tras atravesar la península Ibérica, penetraron en el norte de África bajo dominio romano y establecieron un reino. En el año 451 un ejército romano, formado en gran parte por visigodos, derrotó a los hunos de Atila, pero años más tarde Roma fue saqueada de nuevo, esta vez por los vándalos. En ese momento Britania, Galia e Hispania estaban ocupadas por tribus germánicas. El final del Imperio de Occidente llegó en el año 476, cuando mercenarios germánicos depusieron al emperador Rómulo Augústulo y convirtieron a su jefe, Odoacro, en rey de Italia. En esta época, Hispania estaba dominada ya por los visigodos, que habían abrazado la herejía arriana, que no aceptaba que Cristo fuera parte de la Santísima Trinidad, considerándolo simplemente un profeta. A partir del dominio romano, florecieron mártires y santos.

